

bero le trae a su caldeado cerebro el recuerdo del yelmo de Mambrino, y otra vez calza la metáfora: bacía=yelmo, etc. Pero estas metáforas, Don Quijote, al contrario del poeta vulgar, las toma en serio: cree en ellas; tiene fe en ellas; y para él, estas metáforas, a partir de su gestación, son realidades, las mayores realidades. A un poeta le hubiésemos aplaudido el tropo con el que dijese que «los molinos eran gigantes de la Mancha». Pero Don Quijote va más allá que el poeta, e inmediatamente de decirse: molinos=gigantes, para él, la realidad, a partir de ese mismo instante, es la metáfora, no el objeto molino de donde partió para hacer tal metáfora.

Nuestro imaginario poeta, después de escribir: «los molinos son gigantes de la Mancha», no tendrá inconveniente en ir al molino que lo inspiró, para que allí le muelan unas fanegas de rubión, sin acordarse ya para nada de su escrito. Don Quijote, no. Después de cuajar la metáfora, actúa ante el molino, como en la presencia de un auténtico gigante.

Después de este simple ejemplo, fácil es comprender la técnica de que se vale Cervantes para mostrarnos en gran parte de su libro el linaje de locura que padece Don Quijote. En lo sucesivo, no hará el autor otra cosa que repetir el fenómeno, de suerte, que al hidalgo manchego no le falten aventuras donde no las haya. Ha hecho de Quijano un poeta en acción, que toma en serio y estima realidades las metáforas que hila su enferma imaginación. Este sistema, repetido una y otra vez, creará el carácter más logrado de nuestras letras:

Don Quijote. (1.)

Analícemos estas metáforas con más detenimiento.



«Un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.» Parte primera, capítulo I. (Dibujo de Aranda)

#### GRADO DE LAS METÁFORAS QUIJOTILES

Los grados de la metáfora—identificación de dos cosas mediante una semejanza parcial—son infinitos, y muy especialmente a partir de las últimas corrientes poéticas, en las que el poema se reduce a un encadenamiento de metáforas, alambicadas hasta lo imponderable. Las metáforas más simples son caudal del lenguaje común más que de la poesía auténtica. En ellas, la simplicidad es grande, y su grado primario a más no poder. Así, por lo blanquísima, decimos que «la servilleta era de nieve»; por lo transparente, «que el agua es de cristal»; por lo azules: que sus ojos son de cielo», etc.

A un grado superior de metáfora, y, por tanto, menos comprensible, podrían aditarse estos dos ejemplos: «el arroyo, culebra», de Calderón (culebra = serpenteante); por decir truenos «que sueñan los tímpanos del cielo», etc. Así, hasta llegar a un grado de metáfora difícilmente discriminable. Vg., cuando Góngora llama a una red: «piélago de nudos»... Y la metáfora llega a su grado apoteósico—tal es la distancia de las cosas comparadas—cuando Gerardo Diego llama a las ruletas: «amazonas centrifugas». Como se ve, conforme la metáfora sube de grado las seme-